

Algunas Reflexiones Junto al Mural de Portinari

Especial para MARCHA

Quizás nunca, en la vida del arte, haya existido una época de menos claridad para el destino creador. El artista-nuevo, aquel que busca su mundo, vive en la más amarga confusión, asediado por todos los llamados. Y fuerza moral grande se necesita, para no correr por los fáciles caminos a que invita la anarquía moderna y darse, obstinadamente, a la ardua tarea de aprender para preparar después la propia cosecha.

No sabiendo dónde concurrir en el conjunto de todo lo que crea el hombre, la irrefrenable vocación artística se ha dado ayer a todas las extravagancias. Fué al principio de este siglo cuando asumió una actitud beligerante frente al opaco medio social que cruelmente la iba dejando de lado en el camino de la vida. Y en una posición alzada, convulsiva, siempre "contra", erguida en su orgullo y en su inalienable derecho a vivir, se volvió aislada e individual, cargando toda la agresividad en su verbo estético.

Es Florent Fels quien, en 1925, al dar un panorama de la plástica moderna escribe: "Después de Manet, la obra de arte es una agresión contra el gusto del público. Está dotada de una fuerza revolucionaria, más que evolucionista." Con más claridad, dijo después Michel Florisoone en "L'Amour de l'art" comentando la exposición Portinari en París: "Lo que buscamos en el cotidiano sufrimiento al precio de un martirio, alguna vez nos es dado gratuitamente, como si no hubiésemos gemido durante años en su busca. Desde hace tres cuartos de siglo, después de Cézanne, Gauguin y Van Gogh, el arte colmado de maneras, habiendo explotado como en el fondo de una mina todas las galerías excavadas hace quinientos o seiscientos años, clama desesperadamente porque se le señale la ruta que ha de seguir."

Si sacamos de la frase de Florent Fels a todo el impresionismo —a Cézanne, a Gauguin y Van Gogh, que muy pronto perdieron su actitud agresiva frente a la honda comprensión de toda la crítica— podemos enlazar ese pensamiento con el de Florisoone que en su imagen muestra la tristeza estéril de trabajar en la oscuridad de una mina, mientras los cielos abiertos llaman a la producción nueva y regocijada. Es toda esa obra erizadamente individualista, de encono y de rebelión, la que no puede mantener una doctrina salvadora. Y tampoco puede alcanzar la creación perdurable.

Es comprensible que al arte del día, en el caos paralelo de la vida social, no se le pueda reclamar su palabra de serenidad. Y si es cierto —que bien lo es— que el arte refleja la vida, nunca mejor reflejada la vida moderna, en la amarga desarmonía donde triunfa el desorden, que en el convulsionado arte moderno. Esa Escuela de París, surgida con todo salvajismo, del violento movimiento de "Les fauves" (las fieras), si no puede llevar en sus manos la antorcha que corra y siga con la gran tradición artística, carga al menos el explosivo que es hoy el supremo argumento para afrontar las querellas sociales.

Ese fenómeno claro de agresiva vida social y de agresiva obra de arte es el que aún perdura en una magnífica Europa, hasta ayer con la voz más alta en el concierto humano, luchando hoy en el dolor y en el sacrificio por sobrevivir en su rectoría del pensamiento mundial. Acá, del otro lado del ancho océano, alejados del escombros y de la sangre, no podemos, como vivos herederos de una cultura, fijarnos en la plácida actitud contemplativa, o en la cómoda de repetir al instante los lejanos ensayos. Tenemos que dar lo nuestro, que perseguir lo nuestro, que vivir lo nuestro. Para el que entrega belleza o pensamiento, y para el que lo consume.

El problema de Europa, gestando en su vientre lleno de odios guerra tras guerra, no es el problema nuestro, salvo que ingenuamente nos dejemos arrastrar a la catástrofe, como hojas que lleva la tormenta. Es por eso que marcamos una gran línea divisoria entre el dolor de Europa y la esperanza de América. Y si esta gran línea no tiende a separar el pasado —al contrario— tenemos que buscar con la penetración de ese pasado la germinación de un nuevo destino.

Al plástico nuestro, al que va a volver fija y perdurable nuestra esencia americana por medio del cuadro o del mural, debemos pedirle, por lo tanto la cosa nueva y nuestra. No la cosa de moda, ya gastándose en un cansado comercio internacional. Fué por eso que en nuestro artículo de ayer centrábamos en Portinari, toda la ansiedad por que su ruta de creador —que anunciábamos se estaba desbrozando de zarzas extrañas— se pueda volver una ruta a seguir para los nuevos creadores de América.

En un libro sobre Figari, destacó hace unos años, el eminente crítico francés Georges Pillement con esta frase inicial y anunciadora: "Todo un continente, la América latina, se despierta al arte", la presencia de Diego Rivera y Clemente Orozco en Méjico, y de Pedro Figari en Montevideo, "el primero en desprender la conciencia artística (de hispano América) y de revestirla de formas y colores."

Dejando allá en el Norte tropical a Rivera y Orozco, cuya obra verdadera casi nos es desconocida, nos quedamos aquí en el Sur con la formidable y única presencia de Figari. El ciclo impresionista que cerró aquí Figari —y que ayer concluyera en París el genial anciano Bonnard— estaba esperando lejos de la foránea tentación revolucionaria, quien prosiguiera el camino abierto. Fué entonces que nos llegó el artista brasileño. En toda su pujanza meridional, tomado por el sol del trópico, fuerte, apasionado, veraz y primitivo. Pero nos llega después de una halagadora estancia en París, que amenazó con contagiarle de fórmulas a la moda, desviándole su destino. Eso ayer lo dijimos. Pero dijimos también que lo veíamos desprenderse de todo lo falaz que se le había adherido, para entrar a la viva, a la entrañable, a la doliente sustancia de su pueblo, para traducirla, en cuanto plástico, con los más nobles y poderosos recursos con los que puede expresarse la pintura que deberá llamarse moderna.

Es esa expresión de poderío y desprendimiento la que hace que no escatimemos hoy el elogio al mural, que el cuadro "La primera misa", se expone en estos días en las salas de la Comisión Nacional de Bellas Artes. En ese gran cuadro artístico descubriremos mañana, los signos claros que pueden orientar la plástica moderna hacia un destino por el cual hemos gemido durante años en su busca.